

La formación de conciencia y la libertad personal

Elena Lugo, Ph. D.

I. Introducción

El tema de la formación de la conciencia en lo relativo a la libertad personal como factor integral de la salud mental puede estudiarse de varios modos. En un sentido estricto puede significar un análisis de los elementos de la conciencia moral, a saber: la intención de la voluntad según sea iluminada por la inteligencia deliberativa, y el cálculo de consecuencias que permite precisar su pertinencia respecto de la estabilidad psíquica y su contribución a la integridad moral de la persona como agente. En lo relativo a la integridad moral, la tarea principal consistiría en definir la conciencia e identificar su desarrollo para promover la libertad y la armonía interior de la persona.

Pero, en un sentido más amplio y de especial pertinencia para la salud mental, el tema de la formación de la conciencia exige identificar las funciones pre-conscientes y sub-conscientes en relación con la conciencia, para entonces aclarar su influencia sobre ella en relación con la libertad interior como componente de la salud mental. Se hace necesaria entonces una bioética en diálogo con lo psicológico y de clara fundamentación personalista y orgánica.

A. En armonía con la presentación precedente confío poder demostrar que la formación de la conciencia se ha de entender en virtud de su misma **conversión**, para explicar lo cual debo identificar el aporte singular del **corazón** a la iluminación de la inteligencia y al fortalecimiento de la voluntad. La acentuación de la conversión de la conciencia se inspira en una antropología personalista de mentalidad orgánica, según la caracterización de la psico/pedagogía pastoral que lleva adelante el P. J. Kentenich.

Su aporte singular al tema de la formación plena de la conciencia ,o mejor dicho, a la conversión de la conciencia , consiste, de un lado, en una tri-dimensional concepción del ideal personal que orienta la auto-educación de la libertad interior de la persona en su individualidad, y, de otro lado, a modo de complemento esencial, la propuesta de una red de vinculaciones para prevenir la soledad y la angustia a la cual ha conducido la época postmoderna debido a que ha puesto el acento de manera incondicional en la libertad individualista. Ambas propuestas a su vez se enraízan en el cultivo de la filialidad ante Dios –eje de la espiritualidad kentenecheana–.

B. Nuestra exposición del pensar del P. J. Kentenich seguirá el siguiente orden:

1. Desafíos actuales a la salud mental según la visión orgánica,
2. Antropología y psicología y el sentido de la conciencia, pre-consciencia y sub-consciencia,
3. Recomendaciones pedagógicas y pastorales –ideal personal y vinculación para la salud mental en el contexto de la filialidad sencilla ante Dios–.

II. Desafíos actuales a la salud mental según la visión orgánica:

La carencia de libertad interior, la incapacidad para establecer vínculos como desafíos y desajustes de la personalidad resultante.

El P. J. Kentenich vio que la crisis cultural e ideológica hundía sus raíces en el quebranto emocional del hombre contemporáneo y daba lugar a su consecuente incapacidad para establecer vínculos con los otros, y en último término, con Dios. Hablaba del hombre desvinculado, mecánicamente fragmentado. Su perspectiva pedagógica /ética /psicológica toma en cuenta su pre-

ocupación por la integración intrapersonal y la vinculación interpersonal como experiencia trascendental.

La exposición de esta carencia e incapacidades nos ayudarán a entender mejor el aporte antropológico y las recomendaciones pastorales del P. J. Kentenich.

A. Quebranto interior del hombre y desorden afectivo

El P. J. Kentenich con sensibilidad psicopedagógica reconoce la posibilidad humana de la fragmentación interior a la vez que anuncia el remedio.

“El hombre constituye una unidad en la diversidad. Desde el punto de vista filosófico, se distingue cuerpo, alma y espíritu. Se habla del espíritu cuando el alma se abre a la verdad para asimilar y acomodar ideas. Las tres dimensiones de la vida humana se integran y complementan desplegándose según ciertas leyes y regularidades, proceso que si bien es simultáneo no es uniforme. Cada dimensión tiende a la mayor autonomía posible. El cuerpo quisiera recorrer sus propios caminos, lo mismo el espíritu y el alma. El sentido del desarrollo estriba en la maduración de un todo orgánico, en que se integran estas dimensiones, lo cual supone una estructura de orden. Esta estructura de orden debe estar amarrada en forma tan firme y permanente que cada parte está vinculada a la otra de tal modo que integre una totalidad orgánica. Si las distintas dimensiones del hombre se desarrollan en forma centrífuga, si se independizan y son arrancadas del todo; si cuerpo y alma se separan del espíritu, hablamos con razón de la atomización de la naturaleza humana” (J. Kentenich “Que Surja el Hombre Nuevo”. Pág. 75).

1. Paul Siegel cita al Padre explicando en clave orgánica la desintegración de la personalidad en el contexto cultural de la modernidad y la postmodernidad:

“En las jornadas pedagógicas de 1950-51, hemos constatado que por la industrialización y la secularización de la vida, el volumen anímico del hombre ha sufrido una fuerte reducción. Ha perdido gran parte de su capacidad receptiva e integradora, el saber unir realidades discordantes, trátase del intelecto, de la voluntad o del corazón” (P. J. Kentenich. *Alianza de Amor*. Págs. 126-7).

“La masificación global ha desencadenado un proceso de desintegración personal o pérdida del centro de gravedad o del núcleo personal...”.

“Como sus energías psíquicas ya no encuentran el objeto correspondiente, se puede comparar al alma con una máquina que marcha en el vacío. Al intelecto se lo ha privado de la verdad (relativismo epistemológico), a la voluntad de su bien (correspondiente a la verdad objetiva) y al corazón, de las personas que pueda amar. Cuando el intelecto aún es capaz de pensar, el raciocinio procede a saltos, sin nexo interior y en forma atomizada. Por eso el proceso de pensamiento no puede compararse con una línea continua y menos aun con un círculo. Para el hombre actual, la valoración moral de los actos sobrepasa su capacidad de comprensión. Ni pensar en la moralidad de una secuencia de actos.

El hombre colectivista no sabe qué hacer con el regalo regio de la libertad y sus dimensiones de capacidad de decisión y realización de lo decidido. Se contenta con que otros decidan por él.

Semejante marcha en el vacío afecta también el corazón, tan dependiente de un “tu” personal. Ya no es capaz de acoger a un tu personal, ni encuentra acceso a un tu. Ningún otro ser se siente tan aislado y solitario. El hombre colectivista huye constantemente de sí y de su soledad. Permanentemente se esconde en el trabajo febril, en la masa, en el cine o en alguna asociación. De aquí la rápida y creciente desintegración de la personalidad entera. La masa aniquila el núcleo de la personalidad entera. El amor verdadero como entrega a un tu y simultáneamente recibe el regalo no solo de la complementación y el enriquecimiento por un tu personal, sino también la posesión segura y profunda de la propia originalidad que no se evidencia” *Ibid*.

2. En este contexto se introduce el concepto de hombre colectivista o masa:

“El hombre masa es el que hace lo que hacen los demás, cuando lo hacen los demás, y porque lo hacen los demás. ¿Quiénes de estos hombres rebaño conservan aún convicciones propias, actitudes firmes, una voluntad indomable y un comportamiento consecuente con las propias convicciones” *Ibid.*

Al hombre masa lo contrastaremos más adelante con el hombre fiel a sí mismo, a su ideal personal, quien obra por convicciones internas y se motiva por actitudes nobles hacia una vinculación solícita y solidaria.

3. En la actualidad se experimenta una alarmante incapacidad motivacional lo cual es grave ante la necesidad de educar la conciencia en, por y para la libertad. Según el P. J. Kentenich, el alma del hombre moderno está tan cansada y enferma que ya no es capaz de responder a los impulsos que brotan del alma. El hombre carece de capacidad de decisión, particularmente cuando se trata de decisiones grandes y fuertes, de actos de coraje (*Padre José Kentenich. Un educador profético.* Santiago, Chile Editorial Patris, 1999. *Ibid*, p. 124).

B. Carencia de vinculación

Examinemos con el P. J. Kentenich los efectos de la carencia de vinculación comunitaria. De esta desvinculación surge una profunda soledad, la cual puede ser intelectual, psíquica y profesional.

1. Aislamiento intelectual. Solo estamos con nuestras ideas, y es tan solo porque hemos llegado a ser tan descreídos tan incrédulos, no solo en sentido religioso, sino también en el sentido general de la palabra. ¿A quién creer hoy en día, en quién confiar? Se trata del relativismo cultural que conduce a equiparar la verdad con la opinión y el bien con meras preferencias individuales, de manera que se llega a un pluralismo desmembrador de la sociedad humana en sí misma.

2. El aislamiento intelectual es más pronunciado aún cuando se manifiesta como aislamiento psíquico. El hombre moderno está ocupadísimo consigo mismo. Se arrastra, es un espíritu pequeño. Toma decisiones solo de un día para otro. Gira permanentemente en torno a su propio yo. Su ego está enfermo.

Es la secuela de las crisis vividas por la humanidad. En lugar de llevarla a una profundización espiritual; en lugar de ensanchar el corazón, por doquier surge una estrechez mental que provoca un fuerte aislamiento psíquico.

Esta incapacidad se manifiesta a menudo de dos maneras. En la huida de la comunidad y de todo contacto psíquico y, al mismo tiempo, en una nostalgia inexpresable por ese mismo contacto; nostalgia de hogar y de patria, donde sea posible volver a arraigarse. Solo cuando el amor se arraiga en un lugar se logra satisfacer el anhelo fundamental del hombre contemporáneo (J. Kentenich “Que Surja el Hombre Nuevo”, p. 16).

3. También existe un aislamiento profesional, se cultiva un acendrado especialismo profesional constatándose la carencia de formación general (*Ibid.*). Se informa al recibir datos de todo tipo y de modo acelerado, pero no se forma en criterio para evaluar críticamente tanto la cantidad de impresiones recibidas como las impresiones fascinantes pero percederas.

4. En la medida en que constatemos esa incapacidad de contacto, estaremos en presencia de síntomas de una profunda patología síquica.

En resumidas cuentas, “el hombre desvinculado reniega de todo vínculo, de la vinculación a Dios, a las ideas y principios y al terruño. Surge el hombre desvinculado quien se caracteriza por la pérdida del sentido de hogar y patria, de pertenencia y cobijamiento. Es un hombre sin arraigo de ninguna especie, carente de firmeza y consecuencia en el actuar”.

El desafío a la salud mental contemporánea lo ve el P. J. Kentenich en términos de la colectivización o masificación que amenaza tanto la integridad personal como la solidaridad comunitaria.

Se sufre en el plano individual la desintegración personal, y en el plano psicosocial la carencia de vínculos comunitarios.

A partir del quebranto interior y la carencia de vínculos, podemos comprender por qué la persona no tiene consistencia; por qué le falta vida, plenitud, profundidad, interioridad y riqueza. Sin límite de ninguna especie, está expuesta a las influencias exteriores, trátase de la opresión de un dictador, de la sugestión de la masa o del impulso de los sentidos y de los instintos. También se hace víctima impotente ante los desajustes de la propia personalidad.

C. Seguidamente destacamos tres desajustes de la personalidad o desórdenes de tipo afectivo que manifiestan, según P. J. Kentenich, algún grado de quebranto interior y carencia de vínculos: represión, compensaciones y enmascaramiento de las propias limitaciones.

Para entender mejor los tres ejemplos de desorden psíquico, conviene recordar la perspectiva orgánicamente religiosa del P. J. Kentenich. No es de sorprender que él vea en cada tipo de desorden la influencia del pecado original como fuente de debilidad y de experiencias de culpabilidad. El pecado original fracturó y debilitó la naturaleza humana de tal modo que ya no puede poner en práctica lo que ella reconoce. Más aún, ya no reconoce lo que precisamente debería reconocer. Así podemos comprender bien que aquí en la tierra es prácticamente imposible lograr una personalidad con un grado de madurez inmune a los desajustes. Nadie escapa a la realidad de la culpa y la debilidad, excepto la Sma. Virgen quien quedó exenta de ellas y por eso la presentaremos al final de esta conferencia como modelo de plena sanidad.

1. La represión

Según textos del P. J. Kentenich, la represión puede ocurrir cuando en alguno de los estratos de la personalidad se origina algún movimiento que es impedido en su expresión natural. “En cualquiera de los tres estratos: cuerpo, alma y espíritu, puede producirse un cierto bloqueo y con ello una represión. El estrato donde se ha producido el bloqueo entra, entonces, en estado de permanente alarma.

a. Si se trata del cuerpo, los problemas girarán especialmente en torno de la sexualidad.

b. A nivel psicológico, las represiones se dan en el área de los movimientos afectivos.

Hay que dominar estos movimientos de la afectividad y ennoblecerlos. De lo contrario, impedirán el proceso de maduración personal y por eso hallamos después personas que parecen no tener afectos; cuando en realidad, sus afectos simplemente están reprimidos, lo que acarrea una serie de patologías y desviaciones en su desarrollo normal. Un afecto reprimido es fuente de perpetua inquietud y el individuo afectado por este problema no llegará nunca a tener una personalidad sólida.

c. También se detectan represiones a nivel espiritual, especialmente en el área de la religiosidad. A su vez, la tendencia del ser humano hacia lo religioso puede verse sometida a presiones que pretenden apartarlo de su objetivo original: la persona de Dios. Quien ha desechado a Dios arrastrará una existencia oscura y será víctima de distintas obsesiones. Por ejemplo, el hombre “económico” adorará el dinero, el “intelectual” idolatrará la inteligencia, etc.

d. En resumidas cuentas “un proceso vital de un estrato determinado se bloquea generando defensas contra otro estrato, produciendo en la persona un estado de fuerte ansiedad que, a su vez, deriva en tensión y alarma continuas. Así, pues, el individuo se sentirá en permanente conflicto”.

Ante el tema de la represión puede resultar instructiva una referencia a las afecciones desordenadas según San Ignacio de Loyola, santo de la admiración del P. J. Kentenich, por medio de la cual reconoceremos los componentes principales de las recomendaciones que expondremos más adelante:

- Orientación trascendental de la persona hacia el bien absoluto.

- La complejidad motivacional del entramado consciencia/pre-consciencia/inconsciencia que desafía la plena libertad interior descrita como fragmentación personal e impotencia para establecer vínculos.
- La plena y auténtica libertad según la integridad del ser persona que asociamos a la salud.

Afecciones desordenadas según San Ignacio de Loyola

Ya hemos comentado en la Introducción a la Jornada que en nuestra época las personas adolecen más de afectos desordenados que de psicosis graves, que inclusive son muchos más los que se lamentan de desajustes de personalidad que de ser culpables a causa de pecados cometidos.

Según San Ignacio de Loyola: la afección desordenada no se encuentra en el ámbito de la psicopatología, aunque puede influir o ser influida por dicho ámbito. La afección desordenada en su sentido estricto tampoco se centra en el ámbito del pecado. La afección desordenada es una situación motivacional central en la persona que la padece. Interfiere con sus discernimientos, decisiones y actividades, ya sea en materia de elección de vida como en las micro-decisiones cotidianas que configuran la dirección de cualquier existencia. En este sentido es un dinamismo central en la respuesta de la persona a Dios. Por lo tanto, no cualquier agitación afectiva, tentación, fragilidad o movimiento de concupiscencia implica afección desordenada, sino lo que de hecho llega a determinar el tipo de respuesta al ser supremo/valores trascendentales. Un presupuesto (según San Ignacio) previo para que se pueda dar la afección desordenada es la presencia de valores trascendentales en la persona.

El objeto inmediato bueno o indiferente de la afección es el que posibilita el encubrimiento de un fin no puro en la intención del sujeto. Por eso, en la afección desordenada, el objeto siempre es bueno o indiferente: es lo que llamamos actitud o comportamiento consistente con los valores conscientes del sujeto. Pero surge en engaño o en el enmascaramiento no siempre del todo consciente.

El carácter afectivo de esta situación no consiste solo en la fuerza e interés del sujeto, sino en el proceso afectivo interior mediante el cual se realiza y concreta la atracción hacia el objeto; el cual puede o suele adquirir un carácter ocultamente simbólico, por el que se relaciona el objeto directo de la afección con el fin último de la misma. Ello es posible por el carácter inconsciente de los mecanismos usados para perpetuar esta situación.

Por otro lado, es probable que la situación de afección desordenada no suceda en un contexto afectivamente neutro, sino en medio de cierta agitación donde desaparecen la paz, tranquilidad y la quietud que antes se tenía. La afección desordenada se vive encendidamente: en forma de resistencia fuerte, vehemencia, radicalidad, testarudez o formalismo rígido.

En la afección desordenada se dan dos fines últimos mezclados o yuxtapuestos: el primero es un valor cristiano que conscientemente se proclama y pretende seguir (VALOR TRASCENDENTAL); el segundo lo constituye alguna necesidad vocacionalmente disonante que se busca satisfacer (NECESIDADES VITALES). El engaño viene posibilitado precisamente por esa intención consciente y buena (realización de valores vocacionales) que enmascara la pulsión subconsciente afectivamente sentida, que encuentra así un modo indirecto de gratificación. Así se posibilita esa intención mezclada y torcida, esa motivación ambivalente.

En definitiva, lo que determina el desorden de la afección es la elección no recta de la cosa que provoca distracción, o de la cosa buena o mala en la cual puede culminar. Es decir, empieza un círculo vicioso que debilita la intención buena del sujeto, aunque no sea culpable, y que por no ser advertida, terminará dañando su dimensión de la virtud, y de la respuesta libre a su Dios.

En síntesis, la afección desordenada en sentido estricto es una atracción sentida hacia un objeto indiferente o bueno que impide la elección y realización de algo mejor, sin que el sujeto sea consciente de ella. Se trata de una situación motivacional central en la cual el sujeto está con-

vencido de discernir, elegir y actuar solo movido por valores relativos a la consecución de lo eterno o trascendental como motivo consciente, pero en la que está siendo movido al mismo tiempo y de manera prevaleciente por la satisfacción del propio amor, querer e interés (motivo inconsciente). Este engaño es posible porque el objeto inmediato de la afección (situación/persona/cosa) y la relación establecida con el mismo, es bueno o indiferente en sí mismo y porque la implicación afectiva del sujeto (inconscientemente en su origen) tiende a justificar ante su consciencia esa afección (por medio de mecanismos inconscientes de defensa) y de este modo tiende a perpetuar el engaño. Se ve afectada la libertad interior hacia sí y en cuanto a la respuesta a Dios. De manera que, como su vocación, elige un bien menor, parcial, aparente y compromete su madurez espiritual y su plena salud mental.

(García Domínguez, Luis. *Las afecciones desordenadas*. Bilbao, Editorial Mensajero, 2000)

El P. J. Kentenick coincide en cuanto a que resulta urgente trabajar por una autocomprensión y un riguroso esfuerzo de formación de las actitudes desde el interior, tal como lo señalaremos en el segmento Recomendaciones (IV).

2. Las compensaciones

Según los textos del P. J. Kenetenich “Compensar es de alguna manera equilibrar. La represión y la compensación se condicionan mutuamente. La compensación supone también la aparición de un movimiento en uno de los niveles del ser humano. Pero la persona afectada por ese movimiento no tiene el coraje de encauzarla en beneficio de su propia maduración. ¿Qué hace entonces? Se vuelve mezquina y rígida”. El Padre lo ilustra: “Por ejemplo, existe una reglamentación en la comunidad que no podemos interpretar ni vivir correctamente. ¿Qué hacemos entonces? Nos aferramos obsesivamente a la letra de su texto. ¿Por qué obramos así? Porque no logramos dominar los afectos que nos están desbordando interiormente. Establecemos, entonces, un equilibrio, pero no encauzamos hacia lo alto los afectos latentes en lo más hondo de nuestra personalidad para que así maduren en plenitud.

Otros recurren a esta misma actitud por incapacidad de asumir adecuadamente todo el organismo de vinculaciones. En resumen, nuestra naturaleza humana se vale de tales maniobras para asegurarse, para obtener una protección.

Hay quienes se fijan neuróticamente en ciertas ideas, o bien desarrollan obsesiones o, por último, se apegan compulsivamente a determinadas formas”.

3. Enmascaramiento de las debilidades

Los textos del P. J. Kentenich son claros: “Las debilidades no admitidas ni asumidas constituyen una tercera causa de las anomalías en el desarrollo de la personalidad. Recordemos, en este sentido, algo que nos dice la Iglesia y que reviste la calidad de dogma: el ser humano no puede evitar el pecado sin el auxilio de la gracia.

Cuando hablamos de culpa estamos aludiendo al pecado; cuando hablamos de debilidad estamos aludiendo a imperfecciones ligadas a nuestra naturaleza y al proceso de maduración personal. La causa de la culpa y de la debilidad es el pecado original. Es insensato pretender quedar exento de toda falta, culpa o debilidad. Por supuesto, nuestra intención es evitarlos, pero nunca lo lograremos solos”.

a. Lo que J. K ha dicho sobre represión y compensación es aplicable a no reconocer la existencia de la culpa. Decíamos que hay culpa y debilidad no asumidas.

“Quien quiere mantenerse impecable en todo trance o bien termina en represión, o bien padecerá tendencias compensatorias. Si concentramos todas las fuerzas en no ensuciarnos el cuello ni siquiera tocamos el umbral de la vivencia religiosa. Dios quiere nuestra dependencia filial llena de afecto. Normalmente, no se aprende la dependencia de Dios si no cometemos tonterías; el aferrarse a que por ningún motivo debo cometer errores es una actitud moralista de un enfermo

de moralismo que ha reprimido el ámbito de lo religioso”. Para el P. J. K, las limitaciones, errores y culpas son consecuencia de nuestra condición humana. Así, “la culpa y la debilidad no comprendidas y no reconocidas son el caldo de cultivo de muchísimas enfermedades del cuerpo y del alma”.

III. Antropología del P. J. Kentenich, y el sentido de la consciencia, pre-consciencia y sub-consciencia.

Para comprender mejor las recomendaciones psico-espirituales en torno a la libertad auténtica y las vinculaciones personales como aporte a la salud, la mental en particular, es preciso revisar, aunque sea brevemente, la antropología personalista y orgánica que nos sirve de marco conceptual.

A. Distinción entre consciencia, pre-consciencia y sub-consciencia

1. Consciencia

Con frecuencia los tratados de ética asocian la consciencia con la configuración del sentido de autonomía de acuerdo a grados, a saber:

- ◆ acción libre y voluntaria, sin coacción,
- ◆ autenticidad o consistencia con el sistema de valores personales y el estilo de vida,
- ◆ deliberación efectiva en relación a alternativas y consecuencias,
- ◆ plena reflexión moral en aceptación por convicción propia de normas y de los valores que las fundamentan.

a. Como denominador común a los varios sentidos de autonomía suponemos el señorío propio y la independencia. La autonomía no solo se refiere al contenido de la acción sino también al porqué de la misma. Un comportamiento autónomo se asocia con una explicación y una justificación particular de porqué una persona obedece un determinado mandato. Uno puede explicar un comportamiento en términos de educación, clase social, cultura, glándulas, genes, impulsos o creencias religiosas. Pero la autonomía se refiere a la relación o naturaleza del vínculo entre el yo y los factores explicativos recién identificados. Se busca justificar el porqué o el sentido que una acción tiene para el agente.

b. La autonomía es una forma de libertad personal al actuar a resultas de la cual el individuo determina su curso de acción de acuerdo con un plan escogido por él o ella. La persona autónoma no es solo la que delibera sobre algo y selecciona un curso de acción de acuerdo a un proyecto elaborado de su ser, sino que es también la que está capacitada para actuar en base a su capacidad de deliberación. La autonomía de una persona es su independencia, su auto-confiabilidad y su habilidad auto-suficiente para actuar. En contraste, una persona de autonomía disminuida es altamente dependiente de otros y al menos algunas veces incapaz de deliberar o actuar de acuerdo con su deliberación. Así, el término autonomía es muy amplio, ya que puede referirse tanto a la voluntad como a la acción en sociedad, y en consecuencia es posible que tanto restricciones internas como externas sobre la acción la limiten.

*“Unidad de ordenamiento implica que en nosotros la carne se subordina al espíritu y el espíritu se subordina a Dios; es decir, implica reconquistar la unidad entre carne y espíritu, y entre espíritu y Dios. La perfecta armonía entre espíritu, carne y Dios... la naturaleza se torna así más pura, sana y noble”.*¹

2. Lo in/sub consciente y el pre-consciente

Nos referimos al filósofo J. Maritain para apreciar mejor la dinámica kentenecheana del sub-consciente. Maritain distingue el subconsciente y el inconsciente animal (irracional) y el

¹ Kentenich, J., *El espíritu Santo y el reino de la paz* (1930), págs. 172, 177.

subconsciente (preconsciente) del espíritu. “El primero fue explorado por la escuela freudiana y se refiere a los instintos, imágenes latentes, impulsos afectivos y tendencias sensuales, y debería llamarse el inconsciente irracional del hombre. El segundo y con el cual los freudianos no dieron, es del ámbito de la raíz vital de aquellas potencias espirituales del intelecto y de la voluntad, del abismo sin fondo de la libertad personal o de esa sed y anhelos personales de saber y ver, de captar y expresar, que yo llamaría preconsciente del espíritu” (Maritain, Jacques. “El subconsciente animal y el preconsciente del espíritu”. *La Educación en este Momento Crucial*. Buenos Aires: Club de Lectores II, 55).

a. Para el P. J. Kentenich el pre-consciente se caracteriza por un flujo continuo de imágenes, recuerdos y sentimientos acumulados a lo largo de la vida, que es el fundamento para el pensar y el sentir conscientes. Los procesos pre-conscientes, si bien escapan a nuestra atención durante el desarrollo normal de la vida, afloran a la consciencia, bajo ciertas condiciones, como en estados de relajación o ensoñación.

b. Los procesos in/sub conscientes, en cambio, operan automáticamente sin que el sujeto los advierta conscientemente. No los provocamos voluntariamente, ni somos capaces de dar cuenta de ellos, ni de alcanzarlos con la introspección, excepto por los sueños y un complejo proceso de interpretación. Proviene de nuestra raíz biológica corporal y se manifiestan como irrupciones irracionales primitivas de agresión, temor, amor, odio, sexualidad.

El Padre Kentenich emplea la expresión “psicología de lo profundo” (Tiefenpsychologie) para referirse a la psicología del sub o inconsciente. Y considera que éste se mantiene al tanto de las distintas corrientes de la psicología de lo profundo ante las cuales mantiene su independencia.

Es decir, no adopta el concepto central freudiano de *inconsciente*, ni términos psicoanalíticos como “mecanismo” inconsciente. Sin embargo, coincide con respecto a la trascendencia del subconsciente con respecto al destino de la humanidad.

B. Interacción entre consciencia, pre- y sub- consciencia

Para el P. J. Kentenich, la razón no se reduce únicamente a sus herramientas y manifestaciones lógicas, ni la voluntad a la mera determinación deliberada y consciente. Muy por debajo de la superficie aparente de conceptos y juicios explícitos, de palabras, decisiones o movimientos expresos de la voluntad, existen las fuentes del saber y la poesía, del amor y de los deseos auténticamente humanos escondidos en la oscuridad espiritual de la vida íntima del alma. Antes de expresarse por medio de conceptos y juicios el conocimiento intelectual es, al principio, una sombra de intuición aún no formulada que procede del impacto de la actividad del intelecto sobre el mundo de las imágenes y las emociones, y que no constituye más que un movimiento humilde y temeroso y, sin embargo, valiosísimo, hacia el contenido inteligible de lo que ha de aprehenderse.

1. Todo acto inteligente y bondadoso puede apoyarse y centrarse en un estado emotivo correspondiente. La persona busca integrar por medio de la razón incluso las emociones conflictivas y discordantes. La sensibilidad y el afecto animan y dan color a la acción iluminada por la razón y afirmada por la voluntad. Como diría el P. Kentenich: se trata de armonizar inteligencia, voluntad y afectividad (Gemüt).²

2. Tanto el inconsciente irracional como el preconsciente del espíritu constituyen un profundo dinamismo interior, por lo demás, en relación vital recíproca porque pueden interferir o entremezclarse de muchas maneras. Si embargo son de naturaleza totalmente distinta. Si el individuo orienta su conducta de acuerdo al inconsciente irracional se encontrará extraviado en una falsa especie de interioridad del ego donde el salvajismo y los automatismos remedan la libertad. “A lo que estamos llamados por nuestras aspiraciones genuinamente humanas, es

² Cf. Kentenich, J., *Pedagogía mariana del matrimonio*, pág. 55.

a la liberación y purificación del inconsciente espiritual de los elementos irracionales para que hallemos nuestra fuente de vida, libertad y paz en el preconsciente purificado del espíritu”.

3. La captación del subconsciente y la educación del hombre desde la profundidad interior constituyen asuntos de vida y muerte para la supervivencia de la civilización global. Dice: “Uno de los hechos más trascendentes del siglo XX es haber develado un nuevo modo de ser de la naturaleza humana como es el caso de las profundidades del alma o las vidas psíquicas subconscientes” (J. Kentenich, “Impulsos de Vida”, Op. cit, p 190).

4. El P. Kentenich es enfático en declarar que las impresiones y vivencias subconscientes (en particular las espirituales) son claves para el desarrollo de las personas sanas o normales. Ellas también necesitan tomar consciencia de sus potencialidades desde las raíces de sus pulsaciones pre y sub-conscientes. “El hombre suele realizar más bien lo que anhela su corazón; lo que vive en y surge de la vida psíquica subconsciente en forma de predisposiciones e impresiones” (JK “Impulsos de Vida” Conferencia 1966 Vol 2. Documento no publicado y citado por H Czarowski. Según Siegler).

5. “Actitud fundamental” como expresión del sub-consciente /pre consciente.

Íntimamente asociado al sub- y pre- consciente está el concepto de la actitud fundamental. Preliminarmente la identificamos para más adelante exponerla en términos del concepto de ideal personal. La actitud es como un cristal pre/sub consciente por el cual percibimos, sentimos y reaccionamos ante el entorno. Se dice fundamental porque se manifiesta desde los primeros años de vida y nos acompaña en una u otra forma a lo largo de toda nuestra existencia. Es fundamental también porque se define como el conjunto de rasgos psicológicos más o menos estables, relacionados en mayor o menor grado con disposiciones somáticas. Los cambios en la vida son el crecimiento o el deterioro de esa actitud fundamental. En todo caso no se les puede eliminar o ignorar sino más bien educar.

Es decir, la mentalidad orgánica se caracteriza por centrar los actos de la vida humana en un valor o actitud central.

- Frente a una pedagogía de puros actos o prácticas exteriores, la pedagogía de ideales acentúa las actitudes interiores;
- Frente a una pedagogía de puro cumplimiento del deber, la pedagogía de ideales; acentúa la generosidad o magnanimidad;
- Frente a una pedagogía de coerción y temor, la pedagogía de ideales acentúa una educación para la libertad (libertas).

6. Vinculamos la actitud fundamental con el corazón.

Recordemos que el “corazón” o “Gemüt” representa la actitud fundamental con la cual reaccionamos en relación a nuestros sentimientos y nuestra voluntad ante valores y objetos, lo que hace que quede presupuesto el juicio del intelecto.

“El hombre”, insiste el P.J. Kentenich, “suele realizar más bien lo que anhela su corazón; lo que vive en y surge desde la vida psíquica subconsciente en forma de predisposiciones e impresiones”. Si queremos conocer al hombre, tenemos que mirar su corazón.

a. “Corazón”, según el P. J. Kentenich y su rol central en el tema de la libertad personal. De cómo esta libertad enraizada en la conversión del corazón ha de fomentar la salud mental trataremos en la próxima sección (favor también de consultar el APÉNDICE de esta presentación para ampliar el tema de la formación de consciencia).

b. El P. Kentenich integra la noción del corazón a su concepto de la consciencia en sentido agustiniano.

“La conciencia es una imagen viva de la ley eterna, del eterno orden del mundo en el corazón del hombre... Dios ha encarnado en sí mismo un eterno orden del mundo. Y una imagen viva de ese eterno orden del mundo se esconde en mi corazón. Es como una voz de Dios en mi corazón

que me advierte: Hombre, presta atención, yo querría esto de ti... Es una imagen viva que me habla permanentemente..."³

*"Corazón o Gemüt designa la consonancia entre el apetito superior (razón / voluntad / espíritu) y el inferior (apetitos de la vida sensible-instintiva). Gemüt designa la actitud fundamental con la cual reaccionamos con nuestros sentimientos y nuestra voluntad ante los valores y los objetos. En ello se presupone el juicio del intelecto."*⁴

7. Inspirada en la mentalidad orgánica del P. J. Kentenich me adelanto a proponer que más que una consciencia moral atenta a los actos externos se necesita una consciencia centrada en actitudes, y más que una orientada al cumplimiento del deber, una motivada por la magnanimidad. Se trata entonces de la consciencia de una persona de una humildad a tono con la verdad y el amor, alegre y no deprimida, al igual que libre tanto de presiones externas como internas. Así se destacan las dimensiones más nobles de la naturaleza humana, en especial la del corazón.

Esta imagen designa "al hombre nuevo en, para y por la comunidad nueva". El hombre nuevo, es verdaderamente libre en su interior, educado en la libertad en cuanto vinculada a ideales, es decir, educado en la magnanimidad más allá del simple cumplimiento de una ley o imperativo del deber. Es decir, nos habla de la libertad interior, es decir, de un coincidir consigo mismo, de un tomar en cuenta el alma de uno y reconocerla, o de un reconocerse a sí mismo.

8. Este ideal pedagógico señala la importancia del amor para confirmar y vivificar la conducta ética por medio de la magnanimidad. Haciendo referencia a San Ignacio de Loyola, el P. Kentenich describe la magnanimidad con la cual se propone fundamentar la moral y la libertad en los procesos de vida más delicados:

"Magnanimidad: ánimo, grandeza de ánimo, actitud del alma, grandeza de espíritu. Esta grandeza de espíritu se encuentra en la misma línea que la humildad. La humildad señala al hombre la actitud que debe asumir al verse separado de Dios: Abandonado a mí mismo soy infinitamente pequeño, soy nada. La magnanimidad señala al hombre la actitud que debe asumir en unión con Dios: con Dios soy grande, soy valioso, soy la encarnación de una idea de Dios (Ideal Personal) llena de riqueza".⁵

La magnanimidad, o delicadeza de alma, coloca la moral más allá del cumplimiento del deber. El criterio objetivo de la magnanimidad son los bienes o valores en el grado máximo de los ideales. Pero el criterio subjetivo es una cierta aptitud de alma o una cierta sensibilidad que, si no se purificara, transformaría el seguimiento del ideal en mero cumplimiento externo (mecanicista) de un deber.

"La delicadeza de alma no mide por lo que uno debe hacer, sino por lo que uno puede hacer libremente; no pregunta por los mandamientos sino por los consejos, por aquello que causa alegría... No estamos aquí ante un minimalismo sino ante una maximalismo ético".⁶

a. En este contexto surge el auténtico sentido de la autoridad a la cual la libertad acata:

"Se trata de la libertad de los hijos de Dios, es decir, de estar libre de todo lo no divino y antidinino, a fin de llegar a ser cada vez más libre para Dios, para sus deseos y su obra".⁷

IV. Recomendaciones del P. J. Kentenich para la salud mental: espiritualidad de la filialidad sencilla ante Dios, el ideal personal y la red de vinculaciones.

A. La filialidad divina como condición y fundamento o Espiritualidad de la filialidad divina

³ Kentenich, J., *Vivir de la fe* (1965), XVI, págs. 119-124.

⁴ Kentenich, J., *El secreto de la Vida de Schoenstatt*, II, (1952), págs. 210-212.

⁵ Kentenich, J., *El hombre heroico*, págs. 21 - 26.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Kentenich, J., *Autoridad y libertad en tensión creadora* (1961), págs. 31- 45.

Obviamente, distintos psicólogos tienen distintas visiones sobre la realidad religiosa en su función psíquica.

1. Hay quienes califican la religiosidad como mera proyección de la imagen paternal-maternal – una especie de superestructura que coacciona al individuo–.

En parte tienen razón pues ha habido y hay cristianos que muestran deformaciones psicológicas en su vivencia de lo religioso. Por ejemplo, los puritanismos de cualquier denominación confesional, han pretendido eliminar o reprimir las “libidos” elementales creyendo poder superar así la división interior mediante la subvaloración e inclusive el menosprecio de rasgos tan humanos como el afecto, la sexualidad, el ansia de poder y poseer. En lugar de combatir para superar los excesos, pretenden convertirnos en espíritus puros, que no somos.

2. Otros psicólogos denuncian que las carencias de desarrollo físico, intelectual, social y creativo en el trabajo, la familia y el tiempo libre son compensados por una religiosidad infantil, mustia, alejada de la vida. Se trata de hombres /mujeres apocados e indecisos, que no desarrollan los dones que Dios ha colocado en ellos, ni se atreven a seguir sus impulsos nobles. La religiosidad aparece así como la huida ante aquello que la gracia de Dios quiere obrar en nosotros.

3. El desarrollo religioso también se ve afectado por un naturalismo unilateral, en virtud del cual el hombre se considera autosuficiente y se erige en su propio redentor. Gracia y naturaleza son dos polos necesarios para el desarrollo. La madurez de la persona en su totalidad depende mucho de cómo se coordinan y afinan.

Sería desde luego interesante destacar las desviaciones a las que nos exponemos cuando la religión no penetra algún nivel de nuestro ser persona, pero esta cuestión rebasa los límites de nuestra presentación.

4. Para otros, entre ellos K. Stern y P. J. Kantenich, la religión no es una ideología, sino el vínculo personalmente enriquecedor con la realidad del mundo sobrenatural. Animados por ellos intentamos seguidamente buscar una complementación lo más efectiva posible entre fe y fuerzas psicológicas

a) Kart Stern en “La psiquiatría y la vida espiritual”, un capítulo de su libro *La tercera revolución*, demuestra en forma profunda y hermosa como la realidad psicológica y la vida de la gracia de Dios se condicionan, respaldando de forma notable y sin estar consciente de ello, la posición orgánica del P. J. Kantenich. Confirma la psicología de las causas segundas y la concepción de la realidad –toda la realidad, la terrena y la trascendente–. Se trata de la unidad e interdependencia multiforme de los procesos de la psique humana, desde el subconsciente hasta la realidad de Dios pasando por las vivencias personales y la comunidad de destinos con los demás, que transitamos juntos encaminándonos a hacer realidad la civilización del Amor.

b) Si se acepta la realidad de un Dios Amor, como lo hace el P. J. Kantenich, es impensable que este Dios no ofrezca su apoyo y aliento al ser humano. Lo hace bajo la condición de que el hombre desee libremente ese apoyo y lo pida.

Es decir, Cristo murió en la Cruz para reparar la contradicción de nuestra naturaleza, en virtud de la cual hacemos lo que no queremos, y dejamos de hacer lo que queremos. Cristo no solo vino a reparar esa división interior, sino a ofrecernos la participación en la vida divina por medio de la gracia, que es la fusión de la vida divina en la vida psíquica natural del hombre que sigue subsistiendo en plenitud, elevada ahora a otro plano –el divino–. Por lo tanto, la religión tiene un hondo significado psicológico, no solo a nivel de la fe sino también a nivel pre-consciente y a nivel sub-consciente

b)1. Fiel al axioma de que la “gracia presupone la naturaleza, no la destruye, sino que la sana, perfecciona, y eleva”, el P. J. Kentenich sostiene que para lograr un desarrollo religioso sano, es necesaria la recta comprensión de la estrecha relación entre naturaleza y gracia.

La gracia de Dios no opera en un vacío. Se encarna en un ser humano con todas sus potencialidades. En el curso ordinario de la vida, la gracia tiene más despejado el camino en un espíritu y cuerpo sanos. Las disposiciones psicológicas y físicas –los talentos– codeterminan de modo importante el efecto de la gracia. Porque ella no solo presupone las disposiciones naturales del hombre, sino que también asume las características del que la recibe.

La gracia construye desde la identidad pre-consciente. El desarrollo humano, especialmente el religioso, debe partir de la vivencia y valoración de nuestro auténtico yo escondido en las profundidades de nuestro ser (el “ideal personal” al que nos referiremos seguidamente).

Es decir, los efectos de la fe a nivel psicológico calzan con los anhelos de la persona, quien no es solo un animal libidinoso en el sentido de Freud, ni un mero conquistador de poder, en el sentido de Adler, ni tampoco la mera proyección de los arquetipos de Jung. Como apunta J. Maritain (ver cita anterior), muy hondo en la consciencia humana, está el poderoso anhelo de eternidad, el deseo de comprender el sentido y significado (como dice Frankl) personal de la vida (el Ideal Personal del Padre J. K), de la posesión de la verdad y de la felicidad absoluta.

b)2 Pero la valoración auténtica de si esa consciencia humana presupone la sencillez o humildad es tratada con singular realismo por el P. J. Kentenich quien reconoce que por la ubicuidad de su complejo de inferioridad el hombre actual tiene gran dificultad con la humildad. Las condiciones de la vida contemporánea hacen imperativo que el hombre parta de una clara consciencia de su originalidad y dignidad propia. De lo contrario, la vivencia de Dios no prende y las prácticas religiosas se esfuman ante la primera crisis existencial.

Acentúa que la humildad auténtica tiene como prerequisite la consciencia y la vivencia de la dignidad y el valor propios. De lo contrario, degenera en complejo de inferioridad. La consciencia de dignidad tiene mucho que ver con nuestro sub y pre-consciente tanto para el desarrollo natural como para el sobrenatural, según hemos indicado.

No solo motivos religiosos, sino también razones de auténtica psicología y salud humanas inducen al P. Kentenich a otorgar un lugar destacado a los efectos plasmadores de la fuerza divina en la dinámica consciente, pre-consciente y hasta sub-consciente. Procede también a identificar el concepto del ideal personal como tarea pedagógica para revelar la actitud fundamental (ya descrita en el segmento anterior) que identifica e integra la personalidad.

B. Ante la represión y las compensaciones que le siguen el P. J. Kentenich es muy realista. Nos dice:

“Quisiéramos vivir sin represiones. Sin embargo, cuando nos invaden, debemos aprender a utilizarlas en la construcción de la personalidad. De este modo, seremos dueños de nuestros afectos. En lugar de represión, se lograría el dominio de la afectividad o bien su sublimación adecuada. Esto significa tomar en nuestras manos las riendas de los impulsos y hacer que las demás esferas psíquicas sean activadas...”.

1. Pedagógicamente nos dice:

“Nosotros, los pedagogos que estamos abocados a la educación del hombre de hoy, debemos conocer estos procesos para obrar con seguridad. Si nos falta conocimiento y seguridad, aplicaremos mal los principios tradicionales del catolicismo y en vez de educar santos formaremos histéricos.

Les repito que eviten las represiones. En cuanto a los movimientos afectivos, ¿se puede hablar de ‘dominar’? No; la idea en este campo es más bien la siguiente: La obra maestra de la educación es lograr un encauzamiento adecuado de los afectos. Hay que ‘desbloquear’ los niveles ‘bloqueados’ de la persona. Consideremos el ejemplo de una persona que experimenta un mo-

vimiento afectivo de índole sexual y la reprime llevada por la ansiedad que se genera en ella al pensar: ‘Mi voluntad podría ceder, podría ceder, podría ceder...’ Fíjense cuán importante es ‘encauzar’ la represión; por un lado, tomar las riendas de los instintos y, por otro, hacerle lugar a las restantes dimensiones del ser humano como la espiritual, y la dimensión del espíritu de filiación divina”.

2. Ante cada desajuste de la personalidad, el P. J. Kentenich integra la espiritualidad que le caracteriza, a saber, la infancia espiritual. Es decir, en el momento de la ansiedad se experimenta la limitación, pero se le puede interpretar a la luz de la filiación divina: “Soy hijo de Dios y Dios quiere que yo esté sujeto a él. Por eso, sencillamente me arrojaré en sus brazos”. De esta manera dominaremos el movimiento afectivo no reprimiéndolo sino encauzándolo hacia lo alto. A este respecto nos habla del: “heroísmo de la infancia espiritual o bien, la genialidad de la ingenuidad. Necesitamos una extraordinaria genialidad para madurar interiormente y sortear las dificultades que se nos presenten. Naturalmente, esa genialidad de la ingenuidad nos exige en muchísimos casos, arriesgar saltos mortales, en especial cuando un bloqueo afectivo ha degenerado en neurosis. En tales situaciones, “sólo un salto mortal en los brazos de Dios nos podrá salvar: el heroísmo de la infancia espiritual o la genialidad de la ingenuidad como eslabón de la libertad auténtica, a saber, la libertad de los hijos de Dios”.

3. La ingenuidad de que habla no tiene nada que ver con ese infantilismo enfermizo, por el cual el adulto “regresa” a una conducta propia del niño pequeño, sino que se refiere a la sencillez y simplicidad de espíritu con que enfrentamos los problemas y dificultades de la vida. Jacques Maritain domina esta actitud de ingenuidad como “apertura y simplicidad ante la existencia”.

C. Ante el enmascaramiento de las propias limitaciones

Este enmascaramiento contradice la inclinación natural a manifestarse.

“Por la interdependencia psicósomática, es propio de la naturaleza humana querer manifestar exteriormente lo que siente en su consciencia. Así aparece la inclinación a confesar las culpas a otra persona y hasta a expresarse en gestos”.

1. Lo difícil es encontrar el lugar o momento apropiado para hacerlo lo cual supone en primera instancia aceptar en el interior el sentido que pueda tener la limitación.

a. Para el no creyente, el sentido de los errores y faltas es fuente de autoconocimiento auténtico y estímulo para la integración personal y social

b. Para el creyente es fuente de auténtica religiosidad, en especial, vinculación filial a Dios y superación de sí a la luz de la fe.

El P. J. Kentenich nos presentó la imagen de Dios Padre con lo cual podía afirmar que “para el creyente el sentido de la culpa y del pecado es desarrollar una fuerte conciencia de nuestra dependencia de Dios. Esa es la verdadera religión; el vocablo ‘religión’ proviene justamente del latín ‘religere’, restablecer los lazos con Dios. El sentido de nuestras faltas es crecer sin límites en un amor de Dios verdadero y auténtico. ¡Oh, felix culpa!”.

2. Dada la pertinencia de la infancia espiritual para la ordenación interior y su correspondiente libertad citamos la palabras sabias del P. J. Kentenich sobre la aceptación de uno mismo en su plena realidad humana: “El medio más valioso para crecer elevándonos hacia Dios es, precisamente, nuestra miseria y debilidad. ¡Cuán grande es el hombre capaz de repetirse: ‘Dios me ama a causa de mis faltas: **porque** soy pequeño y **no a pesar de** ser pequeño’.

Les repito: ‘Porque somos pequeños’ y no simplemente ‘a pesar de’ que somos pequeños. Reconozcamos nuestro desvalimiento. Y, con él, nuestra dependencia de Dios y la necesidad de estar unidos a Él. He aquí el sentido más hondo de todo lo que estamos diciendo.

Si logramos hacer realidad en nosotros este proceso de vida, iremos creciendo con el tiempo hasta alcanzar el grado en el que podamos decir: 'Porque somos pequeños'. Entonces nuestra pequeñez, nuestra condición de criaturas que cometen faltas y pecados, más aún, esa debilidad última de nuestro ser sobre cuyo fondo se perfilan faltas y pecados, será para nosotros como un título que nos dé derecho a la misericordia divina”.

c. Conclusión: Tanto la experiencia de la represión, de la compensación y del ocultamiento de las limitaciones personales pueden ser aliviadas y tal vez sus efectos negativos conquistados si tomamos en serio la recomendación principal de P. J. Kentenich: infancia espiritual y su aporte para remediar la fragmentación personal y la carencia de vinculación. En el contexto de la infancia espiritual se entenderán mejor las dos medidas puntuales para promover la unidad intrapersonal –el **ideal personal** y la solidaridad comunitaria en términos de **red de vínculos**–.

D. El concepto del ideal personal y la formación plena o conversión de la consciencia y la vivencia de la dignidad propia ante la fragmentación del yo personal como remedio a los desajustes de la personalidad: represión, compensación, y enmascaramiento.

1. El P. J. Kentenich en su *Pedagogía para Educadores Católicos* (p.165) nos anima a reconocer: “El ideal personal responde a necesidades muy marcadas de unidad y armonía, de desarrollo sano y orgánico y de preservación de la propia personalidad”.

La teoría y práctica del Ideal Personal del P. J. K es anterior a la psicología de la identidad personal (K. Horney, A. Maslow, C.Rogers, V.Frankl). Responde al desafío de una cultura y sociedad basadas en la lucha por el reconocimiento de la dignidad e integridad de la persona y de sus derechos y deberes inalienables.

El P. J. Kentenich nos ofrece tres definiciones del ideal personal como núcleo de la personalidad en complementariedad orgánica: teológica, filosófica, y psicológica:

a) La definición teológica parte del supuesto de que Dios nos ha pensado en Cristo como miembros de su Cuerpo Místico. Desde esa perspectiva, el Ideal Personal es la identificación original y creativa de un hombre o una mujer, con algún rasgo de Cristo, que consciente o inconscientemente, refleja lo que él (ella) es en cuanto autoconcepto de la identidad propia, o lo que quiere ser en cuanto proyecto de vida o tarea. Entronca con la infancia espiritual anteriormente expuesta.

b) La definición filosófica representa la respuesta a la pregunta sobre el sentido de mi vida expresado por las conocidas preguntas: ¿Quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿hacia dónde voy? Todo ser humano, creyente o no en Dios, intuye, de una manera u otra, que tiene un destino personal y único. La diferencia estriba en que algunos creen que está determinado por la naturaleza, otros, por la herencia, el devenir, el entorno cultural y social, o que es fruto de un acto arbitrario de autocreación de sí mismo, como el superhombre de Nietzsche quien, en un acto de voluntarismo gigante, pretende definir el sentido de la vida. Para otros, finalmente, la vida es producto de fatalidad y resignación pasiva ante el drama del acontecer histórico.

El creyente, particularmente el cristiano, sabe que el destino es la concreción, en la vida diaria, de una idea que Dios tuvo de él. Como Dios es amor, cada uno de nosotros es la expresión de un pensamiento de amor, no importa las circunstancias, la salud, raza o pueblo a que pertenezca.

Por eso, y según P. Menningen: “El ideal no constituye una mera construcción mental sino una meta espiritual, a la cual la persona tiende en virtud de su idiosincrasia. Bien entendidos, los ideales jamás serán formas arbitrarias de invención humana. Cuando formula su ideal, la persona debe partir siempre de la estructura de ser de lo existente y velar para que el contenido del ideal exprese esa estructura. Por su carácter de meta, el ideal personal es un seguro para el núcleo de la personalidad, para su unidad y coherencia interna, en resumen, para su actitud psíquica fundamental” (Menningen, Alex. *Alternativas de Formación Humana en la Pastoral de Hoy*. Limburg, 1948).

c) La definición psicológica del Ideal Personal parte del siguiente supuesto (Kentenich, J. *Principios Generales*, 116): “Si Dios nos ha pensado a cada uno desde toda la eternidad, es lógico también que nos haya dotado con las disposiciones que permitan la realización de esa idea. Se trata de los rasgos psicológicos, particularmente de las energías que nos impelen al despliegue de nuestra personalidad y el modo peculiar y habitual como respondemos a los estímulos. De ahí que la definición psicológica del Ideal Personal esté expresada en términos de impulsos y actitudes fundamentales característicos de la persona, ya sea por disposición genética, ya sea por la influencia del medio”.

c) 1. Para el P. J. Kentenich, “la definición psicológica del Ideal Personal estipula que el impulso (actitud) fundamental debe ser conservado fielmente, de lo contrario no se convierte en actitud fundamental. No es lo mismo conservar algo fielmente que conservarlo conscientemente. Es bien distinto hablar de la intención consciente de perseverar en el ideal como tarea (por medio de propósitos), que del impulso subconsciente de perseverar en el ideal por función (por la fuerza subconsciente del impulso sublimado). Ambas modalidades se condicionan” (Kentenich, J. *Principios Generales*, op. cit. Pág. 119). Reafirmamos el sentido kentenecheano de la actitud fundamental.

c)2. La actitud fundamental es un hábito y estado anímico, o una atmósfera síquica o mentalidad en que la persona vive. Se traduce en impulso fundamental o en la inclinación o tendencia hacia lo que satisface la actitud. Se produce una espiral de desarrollo impulso → actitud en círculos ascendentes de amplitud en la medida en que la persona madura.

La actitud e impulso fundamentales del alma en gracia queridos por Dios, conservados fielmente, maduran orgánicamente bajo la inspiración de la gracia hasta desembocar en la plena libertad de los hijos de Dios (Infancia Espiritual) con la cual conquistamos los mecanismos de defensa de la represión y la compensación, que son los que se asocian a los desórdenes afectivos.

c)3. Más que una categoría conceptual *a priori*, se presenta como un principio axiomático, actitud e impulso, que puede expresarse del siguiente modo: “*Buscar el sentido divino en lo humano, la interpretación recíproca de lo divino y lo humano, de lo natural y lo sobrenatural en su integración*”. Se destaca así la transparencia de lo divino en lo humano o la compenetración de lo sobrenatural y lo natural, lo cual se traduce en una antropología del “*hombre nuevo en comunidad nueva*”. El P. Kentenich buscaba precisar una “*imagen del hombre totalmente divinizado en un mundo totalmente divinizado*”. Esto se perfila sobre el trasfondo de la secularización de todas las realidades de la vida que se imponían en las últimas décadas.

c)4. No se trata de proceder instintivamente en un sentido arbitrario y caprichoso, sino de acuerdo a la sugerencia de Dios entendida como *voz del alma* o conciencia, lo cual nos plantea una tarea de vida. El P. Kentenich se inspira en el axioma de la epistemología tomista: “*Nada surge en el intelecto sin antes presentarse ante los sentidos de una forma implícita*”, para indicar que todo lo que se articula reflexiva o conceptualmente surge primero en función de procesos vitales, los cuales es preciso depurar con especial sensibilidad e iluminación. Son voces del alma o estructuras del ser inscritas en el alma como indicadores de orden natural y sobrenatural que no solo indican sino que convocan y comprometen. Aquí surge un tema central: voces de “*deber u obligatoriedad*” y voces de “*poder hacer libremente*” a modo de compromiso de amor.

c)5. Como ya hemos indicado, el P. J. Kentenich habla de dominio de sí mismo pero no de represión o extirpación de los impulsos. El dominio de sí mismo no se limita a frenar la expresión de los impulsos, sino que tiene que ver más con la capacidad de expresarlos oportunamente.

El P. Kentenich explica la unidad de gracia y naturaleza como una tensión en vía de ordenamiento; es decir, gracia y naturaleza configuran una unidad orgánica y no una mera mezcla ecléctica. Por consiguiente se pueden aplicar a todo el organismo los motivos y fuerzas de ambos niveles, aun cuando en determinados momentos personales, comunitarios e históricos, deba acentuarse o el nivel natural o el sobrenatural. Hablando orgánicamente, se trata de vivir en forma ejemplar una vida en la que la naturaleza y la gracia estén simultáneamente presentes. Esa

unidad de tensión en que ambas fuerzas, la sobrenatural y la natural, son igualmente inherentes al ser humano, se ordena objetivamente. El P. Kentenich describe la ordenación en términos tradicionales y a la vez pedagógicos:

“Unidad de ordenamiento implica que en nosotros la carne se subordina al espíritu y el espíritu se subordina a Dios; es decir, implica reconquistar la unidad entre carne y espíritu, y entre espíritu y Dios. La perfecta armonía entre espíritu, carne y Dios... la naturaleza se torna así más pura, sana y noble”.⁸

La santidad entendida de este modo se equipara con un humanismo noble. De modo que no se trata ni de la fe sola ni de la razón autosuficiente, sino de la complementariedad entre ambas. Se trata de presentar el *ethos* cristiano como profundamente humano y razonable, y hacer que la vivencia cristiana sea lúcida y transparente para discernir críticamente y anunciar la buena nueva a todos por igual.

El valor que dimana de esa idea será la constante preocupación por revelar el sentido divino de lo humano o descifrar el plan divino en cada suceso o cosa, más aún, en cada aspecto de la vida humana, a fin de descubrir la llamada a la santidad en la vida diaria, configurando así la *“pedagogía del santo de la vida diaria”*. Como consecuencia surge la llamada a incorporar a la vida propia las actitudes correspondientes al sentido divino, el cual debe calar en todo el ser humano: en su pensamiento, decisiones, sentimientos, acción, e inclusive en su más honda interioridad (*Gemüt*).

c)6. La síntesis de las dimensiones psicológicas, filosóficas y teológicas del ideal personal conecta con lo descrito sobre la infancia espiritual: “El don de la libertad con la doble dimensión de decidir y ejecutar; lo decidido involucra el valor y la dignidad de ser dueño de las propias decisiones, significa sumir la responsabilidad por los actos, dominar las circunstancias, crecer por medio de ellas, en lugar de andar a la deriva. También implica el derecho y el deber de la decisión y la responsabilidad personales. Se trata del mayor grado de libertad para Dios y todo lo divino y la posibilidad de realizar así la gran misión del hombre nuevo en la comunidad nueva, libres a la vez de la esclavización por las formas, e igualmente libres para saturarlas éticamente y divinizarlas”(P. J. Kentenich. *Principios Generales*, op.cit. p.123).

La libertad de los hijos de Dios se convierte de este modo en el prototipo de ideal de todo hombre y comunidad, con libertad para amar, y con posibilidad de amar para ser libre.

E. Exponemos ahora el segundo aporte del P. J. Kentenich a la promoción de la salud mental: red de vínculos culminando en el amor y complementando la propuesta sobre el ideal personal.

1. En primer lugar, es conveniente destacar la dimensión comunitaria de las dolencias mentales. Es decir, debemos ser cuidadosos en lo que respecta a interpretar las patologías psicológicas solo en función de anomalías individuales, pasando por alto que las personas se forjan en interacción con el entorno. Sin disminuir la responsabilidad individual en las dolencias psíquicas, se pueden concebir sociedades y comunidades enfermantes. Pensamos que la sociedad contemporánea necesita como nunca un sentido psicológico globalizante de comunidad (en inglés: “an overreaching psychological sense of community”), que proporcione cohesión y sentido a la vida personal y social. En relación con esta observación nos indica el P. J. Kentenich:

“Si queremos forjar personalidades, si queremos captar y educar al hombre como individuo, es necesario vincularlo a una comunidad. Si no se hace con el tiempo, con el tiempo la persona solitaria manifestará señales de profundas patologías psíquicas. Con frecuencia se observa que personas solitarias y psicológicamente enfermizas inician un proceso de curación cuando se vinculan a una comunidad sana” (J. Kentenich “Que surja el Hombre Nuevo”, pág.116).

2. Vínculo no equivale a relación, que puede reducirse a contacto que no compromete. El mundo de hoy está saturado de tales actos externos, lo cual atestiguan los medios de comunicación de

⁸ Kentenich, J., *El espíritu Santo y el reino de la paz* (1930), págs. 172, 177.

masas. Los vínculos son: “Lazos de amor personales, permanentes y hondamente afectivos, que brotan del interior de la persona y de su libre entrega atándola a otras personas, cosas y lugares. La capacidad para establecer vínculos afectivos estables es la condición para un sano desarrollo” (Fernández, Rafael *Desafíos*. Op. cit. P. 24). La palabra vínculo evoca cobijamiento en un tú personal, en una comunidad, y para con el terruño y el entorno.

3. El pensar orgánico se orienta por el orden objetivo del ser. Reiteramos las palabras sabias del P. J. Kentenich: “El orden de ser objetivo es para nosotros, nuevamente, la orientación que imprimimos a las vinculaciones. En este sentido, son tres las dimensiones que podemos distinguir: en primer lugar, existe un organismo de vinculaciones en el orden natural; en segundo lugar, hay también un organismo de vinculaciones en el orden sobrenatural; y, por último, los organismos de vinculaciones natural y sobrenatural se hallan en una interrelación clara, querida y modelada por Dios”.

a)1. Vinculación local en contraste con el desarraigo relativo a lugares y patria

“La vida actual hace del hombre un ser vagabundo; no le permite echar raíces en un lugar determinado. Fíjense cuánto tiempo necesita un niño pequeño para acostumbrarse a tal o cual cosa. Esos acostumbraimientos son necesarios para que la naturaleza humana crezca en vinculaciones locales. Tengan presente cuál debería ser en esta área el desarrollo natural del ser humano. Así constatarán cuántas situaciones patológicas sufre la gente hoy, en lo que hace a sus vinculaciones locales”.

a)2. Vinculación personal para superar la soledad aislante

A la vinculación local debe agregársele la personal que el Padre ilustra en el contexto de la relación educador y educando. Entre ellos, “debe existir una vinculación personal profunda entre educador y educando; además el educador tiene que estar arraigado hondamente en el mundo sobrenatural, en el plano del Más Allá, en Dios, de modo que pueda plantear sus exigencias en nombre de Dios y logre una respuesta de parte de su alumno en virtud de ese vínculo integral entre ambos. La vinculación personal facilita en todo sentido la interrelación entre educador y educando. La vinculación personal le brindará al educador lo que hace una década designamos como ‘comprensión enaltecedora’: Al abordar las debilidades y dificultades del alumno con esa comprensión, lograremos encontrarles un sentido para su proceso de maduración y elevación. La comprensión enaltecedora cree en lo bueno que hay en el alumno, cree en su originalidad y misión personales”.

a)3. Vinculación a ideas para contrarrestar el relativismo cultural

“Es necesario mantenerse fiel a ciertos ideales y no vacilar en nuestra adhesión a ellos”.

a)4. Vinculación entre Dios y el hombre

“En este sentido, hablamos de una ley de gobierno del mundo: la gran ley de la transferencia y el traspaso orgánicos”.

Dios transfiere cualidades suyas a los hombres, como por ejemplo, algo de su bondad y poder. Así ha procedido con nuestros padres y también con nosotros mismos, los educadores. A su vez, el educando manifiesta hacia nosotros actitudes que en realidad se deben a Dios: respeto, obediencia y amor. Esto es lo que llamamos ley de la transferencia y traspaso orgánicos, no mecanicistas.

El pensar mecanicista de hoy no logra captar esa realidad. Incluso existen personas religiosas que creen que para servir a Dios deben renegar de todo lo humano, aun de los vínculos de la sangre en el orden natural.

b) Según lo expuesto reconocemos que al hombre masificado y desvinculado, el P. J. Kentenich opone la imagen del nuevo hombre vinculado en la nueva comunidad y animado por el espíritu de libertad y amor.

“El hombre vinculado u orgánico se contrapone radicalmente al hombre desvinculado, desarraigado o mecanicista que no sabe amar, que vive como vagabundo espiritual y que se considera pieza reemplazable de una máquina, un ente colectivo de la masa. La cuidadosa consideración

del organismo de vinculaciones constituye el mandato de la hora, la salvación de la desesperada situación del presente, conductor confiable a través del laberinto del futuro. En siglos venideros será la respuesta más adecuada para los grandes problemas de la historia”.

Por el encuentro con personas enaltecedoras mediante las cuales la patología de desintegración y discontinuidad pueda ser sustituida por las energías opuestas de armonía, coherencia, desarrollo personal y conservación de una identidad sana.

c) Conclusión: La pedagogía del Ideal Personal y el cultivo de un sano organismo de vinculaciones dan respuesta a las necesidades de coherencia y desarrollo personal y comunitario. Como antídoto a la fragmentación personal y a la carencia de vinculaciones auténticas en cuanto indicadores de desajustes psicológicos y espirituales, hemos entonces de acentuar nuestra dependencia de Dios, y la imploración humilde de la gracia de integración personal y comunitaria.

V. Conclusión General

La mentalidad orgánica del P. J. Kentenich sugiere concluir esta exposición reconociendo el ideal humanístico y religioso que expresa la unidad plena de la persona y su correspondiente libertad en entrega magnánima a los demás. Se sugiere necesariamente una referencia a la esencial mariología del pensamiento del P. J. Kentenich. Citemos al Padre:

A. María Inmaculada se nos presenta como la salvadora de la dignidad del hombre. En la Inmaculada se ofrece a nuestra consideración el ideal de la naturaleza intacta; el ideal de la plenitud de vida natural y sobrenatural y el ideal del valor para la lucha y la certeza de la victoria.

1. En María Inmaculada visualizamos lo que Dios ha hecho en ella y lo que el amor de Dios puede hacer con nuestra pequeñez en la medida en que somos personas redimidas y divinizadas. En efecto, no somos simples accidentes sino que nuestra existencia reviste una bondad propia y nuestra grandeza consiste en ser instrumentos dóciles, si bien depositarios de la libertad de los hijos de Dios.

El amor filial es la raíz de la generosidad, la servicialidad y la fidelidad del amor hacia los hermanos, parientes y amigos. Y asimismo es raíz tanto de la vinculación matrimonial como del civismo de la solidaridad humana.

El amor nos hace interesarnos hasta por el timbre de voz, por lo mínimo que pueda agrandar o incomodar a la persona amada. El amor filial es la garantía para la formación de comunidades, sean éstas la familia, la Iglesia, el Estado o grupos cívicos. La filialidad no es infantilismo sino la condición propia de la criatura que genera inocencia para poder asombrarse de lo bueno que nos rodea y mantenernos optimistas para garantizar la confianza que todo tipo de vinculación necesita.

Cuando aquel a quien admiramos, aquel que nos inspira confianza y respeto, nos ama también de corazón, entonces se despierta en nosotros una gran energía para abordar proyectos, se experimenta fortaleza ante las dificultades, y hasta se anhela sacrificar algo de sí para expresar gratitud. Al sentirnos amados vamos en busca de ese Amor para que su presencia plasme todo nuestro ser. Anhelamos ser imagen de Dios tal como fuimos creados originalmente. Solo podremos encarnar la verdadera imagen del ser humano que piensa, decide y siente orgánicamente, cuando un gran amor sostenga nuestra existencia, nos infunda gratitud y seguridad, y nos inspire autoeducación o modelación integral en consonancia con el amor creativo de nuestro verdadero y auténtico ser.

2. ¿Cómo es su pensar?

A continuación describiremos a la Inmaculada y lo que su educación por el amor puede lograr en nosotros cuando nos abrimos con un corazón puro y dócil. Sus conceptos son claros y sus imágenes son profundas a la hora de interpretar y comprender la razón de ser de lo creado a la luz de principios fundamentales. Una razón de ser que se enmarca en el Plan de la Causa Primera y se

manifiesta como Providencia en el orden de las causas segundas. Esta educación nos ayuda a descubrir el amor divino que crea y cuida todo el universo. Asimismo explica y justifica la realidad más allá de las ciencias humanas y las intervenciones técnicas. Por ejemplo, garantiza que las ciencias biomédicas interpreten la vida como un don para ser reverenciado, servido, protegido y cuidado. Nos anima a fomentar la cultura de la vida, la vida del aún no nacido, del incapacitado, del moribundo, del anciano, del pobre marginado.

Se trata de un pensar coherente y consistente, libre de las contradicciones o errores de juicio; un pensar inspirado por un corazón sereno, en cuanto que es puro en el uso de los sentidos, imágenes e ideas. Los rasgos de la razón iluminada por la fe práctica son: la disponibilidad, la apertura, la receptividad y la aceptación reverente de la realidad, la crítica responsable para denunciar lo falso y anunciar con convicción la verdad, y la fe práctica en la Divina Providencia.

Cuando nuestro razonamiento está iluminado de esta manera, entonces puede captar lo correcto valiéndose de diversas perspectivas, evitando la polarización en campos que se excluyan mutuamente o estén en conflicto. Para ello se necesita la apertura personal, la empatía y la benevolencia de corazón que acompaña el pensar de la Inmaculada.

Los dones del entendimiento y de la ciencia nos facilitan la renovación de la confianza en la verdad y en la objetividad como un orden creado y revelado no solo al intelecto sino también al corazón. La Inmaculada es la plena revelación de esa verdad en el orden creado.

3. ¿Cómo es su voluntad?

La capacidad de decisión de la Inmaculada presenta una autonomía responsable firme e imperturbable en su orientación hacia el bien común. Es una decisión autónoma ante prioridades bien articuladas, es decir, primero los bienes espirituales, luego los intelectuales, psíquicos y sociales, y finalmente los físicos (primero los bienes de la santificación y luego los de la satisfacción; en lo posible se preocupa por que coincidan). Se trata de una capacidad de juicio prudente que modela las vivencias concretas bajo el señorío de principios de objetividad comprobada.

Es una voluntad libre de toda intriga y doblez, simplificada por el amor que rectifica y purifica en todas las acciones, jamás egocéntrica, ansiosa de poder o motivada por el mero placer. Es decir, ante lo bueno ella selecciona lo mejor o lo que contribuye a la felicidad y santificación del otro y no lo que meramente le complace. Se caracteriza por la benevolencia, resultante del sentirse permanente y profundamente amada. La benevolencia está acompañada por la nobleza, una imperturbable visión y el anhelo de los más elevados ideales, del bien supremo del cual toda bondad participa; por la inocencia que hace percibir a través de lo opaco de la debilidad y los defectos el brillo del bien al cual todos aspiran y que se trasluce en todo esfuerzo, y por la reverencia, la cual añade una complementación admirativa y una afirmación alegre de las bondades que Dios mismo confía a cada persona. Su voluntad enraizada en la esperanza constante se caracteriza por ser confiada, realista, agradecida, animada, comprometida y emprendedora. Los dones del Espíritu Santo correspondientes son Consejo y Fortaleza.

4 ¿Cómo son sus sentimientos?

En cuanto a su sentir o al orden afectivo, la Inmaculada se caracteriza por emociones asumidas en su plena vitalidad. Estas no se reprimen, ignoran ni desprecian sino que, por el contrario, se las reconoce, afirma y valora colocándolas al servicio de la perfección de la persona, bajo la luz de la razón y la dirección de la voluntad. Las emociones se personalizan de acuerdo con el estatus y la vocación individual.

Por ejemplo, el Padre explica que el amor matrimonial debe incluir en sí tanto lo espiritual como lo sensual, pero integrado para la felicidad y la santificación. La Sma. Virgen experimenta emociones intensas, dicha (Magnificat) y pena (Gólgota), pero orientadas a la integridad de su persona y al servicio generoso de los demás. No hay en la Inmaculada desorden, desintegración o descontrol, pues ejerce su causalidad formal, formativa-educativa, en total dependencia de Dios,

causa primera amorosa. Ella ejerce un autodomínio y posesión de sí enraizada en la convicción: soy recipiente o depositaria, a modo de cáliz, de un gran amor en el cual descanso, que atrae todo mi afecto y, a su vez, me hace eficaz en el servicio lleno de amor. Solo en el amor, que incluye un sentimiento de asombro y beneplácito ante la presencia del otro ser, se revela el valor específico de su individualidad. De modo que es preciso rescatar y educar la función noble de los sentimientos en cuanto componentes de las experiencias humanas abiertas a la divinización.

5.....¿Cómo es su cuerpo?

La corporeidad o cuerpo de la Inmaculada es componente integral de la persona y no un apéndice indeseable y peligroso para el bienestar del Espíritu ni un contexto temporal para ser descartado por un espíritu anhelante de liberación. Las limitaciones del espacio y del tiempo asociadas a la corporeidad y al orden material fueron experimentales e interpretadas creativamente por Ella, atenta a las indicaciones de la Divina Providencia (Belén, huida a Egipto...). Su cultivo de la salud, su cuidado de las necesidades naturales, su postura y modales externos revelaban un estado de ánimo impregnado de la paz y la alegría de quien se sabe y siente amado y consagrado al amor de quien lo ama, y se mantiene integrado en dicho amor.

Se trata de una corporeidad espiritualizada que la aparta de una concentración en lo meramente sensible y sensual asociada al egocentrismo posesivo y dominante. Es decir, su corporeidad es medio y expresión de la energía espiritual que irradia en su entorno. De ella emana una atmósfera de paz que se logra por la integración y el equilibrio refinado entre lo verdadero, lo bueno y lo bello. Equilibrio que alegra el corazón, ilumina el pensar y brinda descanso a la voluntad.

Por ejemplo: Cuando una señora se engalana para su esposo o él para agradar a ella, deben hacerlo para elevar su complacencia sensible al nivel de la alegría espiritual, y no para fascinar y paralizar, o para descontrolar y atrapar al otro. Por medio de la Inmaculada contemplamos una naturaleza que reconoce su misterio y destaca su relación con la Causa Primera. Se trata de encontrar, en la vinculación a las cosas y a los lugares, la raíz de una ecología schonstattiana que nos enseña a liberarnos del consumismo y de la explotación irrestricta de los recursos naturales y a la vez a fomentar una solidaridad orgánica con los marginados y desposeídos de bienes materiales.

A Modo de Resumen

En su pensar, decidir y sentir por medio de una corporeidad (en cuanto ejercicio de una causalidad segunda formativa), la Sma. Virgen revela cómo ha de ser la persona en relación con los demás y con las cosas. Se trata de una mente clara y diáfana, una capacidad de juicio equilibrada, una voluntad recta y decidida, y una fina sensibilidad emocional.

Ella nos enseña a no fijarnos en lo que nos causa desagrado sino a poner los ojos en quien amamos y así descubrir aun en las cosas desagradables rasgos positivos de la Providencia Divina, transformadores de nuestra reacción negativa original. Ella nos enseña la empatía combinada con optimismo que debemos practicar, por ejemplo, ante una persona que al perder su empleo siente que se esfuma su autoestima, se disipa el sentido de pertenencia a la comunidad humana e incluso el sentido de la vida.

En la persona de la Sma. Virgen los apetitos sensibles y la espontaneidad de los sentidos, al igual que su racionalidad, nunca se dirigieron contra el orden moral objetivo. Ella está libre de la concupiscencia desordenada. Esto significa que nunca cedió ante lo que podía haber conducido al pecado y que fue capaz de respetar y salvaguardar para siempre el orden de la naturaleza querido por Dios.

Integridad y rectitud significan armonía entre los sentimientos y la razón, entre la razón y la finalidad religiosa de nuestra vida. Se trata de una visión del hombre nuevo que a su vez impulsa a comprometerse. Así pues anhelamos que el Padre nos transmita su afecto, admiración e imitación del carácter personal de la Sma. Virgen, base de la confianza audaz y del fervor con que redactó la carta del 31 Mayo

B. A modo de animación hacia la conquista de nuestra persona según el ideal personal de dependencia de un Dios Padre y la vinculación solícita y solidaria de amor a todo lo creado según el Plan de la Divina Providencia, hemos de mencionar a la Hna Emilie Engels, hermana de María en proceso de canonización. Ella en su época sufrió bajo el impacto de una educación religiosa autoritaria que hirió su fina sensibilidad exponiéndola a padecer un profundo temor ante Dios Juez y a una consciencia ansiosa que pudo fragmentar su personalidad. Pero experimentó en el Padre Kentenich el trato con una figura paternal que le transparentó la vivencia de un Dios benévolo y misericordioso. Inspirada en su ideal personal como hija de Dios entregó todo su ser al servicio de los demás, fuesen estos sus alumnos, los más vulnerables en el reino de Dios y finalmente a sus co-hermanas sin por un minuto escatimar esfuerzos al tener que soportar gravísimos quebrantos físicos durante sus últimos años. Su biografía está disponible para que comprueben cuan eficaz es la filialidad divina en lograr su libertad interior de consciencia, su auto-perfección y su solidaridad comunitaria, haciendo de su vida una entrega amorosa como bien propone el P. J. Kentenich.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

1. Textos del P. Joseph Kentenich
 - (a) En Español
 - *Alianza de Amor*, Buenos Aires, Padres de Schönstatt, 1978
 - *Educación Mariana para el Hombre de Hoy*, Buenos Aires, Editorial Patris, 1989.
 - *Lunes por la Tarde, Reuniones con Familias*, vol.#20: El Amor Conyugal, Camino a la Santidad, Santiago de Chile, Editorial Schoenstatt, 1977.
 - *Pedagogía Matrimonial Mariana*, 2ª Edición, Manuscrito, Secretaria del Movimiento de Schönstatt, Santiago, 1977, W. P. Siegel, traductor.
 - *Pedagogía para Educadores católicos*, Jornada de 1950, Florencio Varela, Buenos Aires, Instituto de las Hermanas de María, 1974.
 - *Pedagogía Schoenstattiana para la Juventud*, Buenos Aires, Editorial Patris 1991.
 - *Principios Generales del Movimiento de Schönstatt*, Buenos Aires, Instituto Secular de las Hermanas de María de Schönstatt, Impreso como manuscrito.
 - *Semana de octubre, 1967*, Buenos Aires, Instituto Secular de Schönstatt de las Hermanas de María, 1982
 - *¡Qué Surja el Hombre Nuevo! Psicopedagogía Religiosa de Schoenstatt*, Jornada de 1951, Santiago – Chile, Instituto de las Hermanas de María de Schönstatt, 1983.

APÉNDICE (Tomado de nuestro SEMINARIO del mismo título (2000))
FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA DESDE LA PERSPECTIVA PERSONALISTA ORGÁNICA DEL P. J. KENTENICH.

- A La interioridad de la consciencia: énfasis en la convicción personal.
- B Singularidad de la situación: predominio de la inducción.
- C. Totalidad de la persona: actividad de la persona en su integridad.
- D. Garante de la identidad personal: fidelidad a la verdad personal.

A. La autonomía conjugada con la responsabilidad debe reflejar la dimensión interior de la relación entre verdad y bien. Y hacerlo a modo de convicción personal. En este caso la ley moral objetiva se integra expresamente a la existencia de la persona concreta, pero sin suponer la creación original del bien por medio de un acto consciente de su voluntad. Es decir, la consciencia

presupone el bien en su verdad objetivamente arraigada en las exigencias del ser persona; el bien no presupondrá por tanto un acto intencional del sujeto.

Características de la consciencia considerada como fundamental, activa y abierta a una verdad y bien que la trasciende y obliga, sin por ello esclavizar:

- La consciencia *verifica y arriba a una convicción* personal acerca de los argumentos sobre los que se apoya la norma. Vale decir, no puede ser órgano pasivo pero tampoco otorga prioridad a la opinión personal sobre la enseñanza auténtica del Magisterio, la cual no es una opinión más entre otras.
- Según VS, la razón humana *descubre el valor moral* de los bienes para la persona (bienes materiales, psíquicos, sociales, intelectuales y espirituales) a la luz del bien en cuanto finalidad de la persona. Es decir, la consciencia procura descubrir progresivamente la verdad acerca del bien y del mal y nuestra común responsabilidad en discernir los caminos para servir al amor, la justicia y la paz, para así fomentar la vida en todas sus manifestaciones y condiciones.

La consciencia en su sentido fundamental designa la experiencia de la persona de ser *libre (subjetividad) y a la vez orientada necesariamente hacia el bien* objetivo y no a la merced de una indeterminación o arbitrariedad. Se alude a la bondad en sí del ser persona:

- En cuanto función de la razón práctica y personal, la consciencia se ajusta al criterio de conformidad de la acción con la intención bondadosa del sujeto. Se trata de una decisión personal que realiza una síntesis constitutiva (creativa en sentido derivado) entre ley, norma o principios morales, y la situación particular.
- No es una mera aplicación semiautomática de la ley: la consciencia fundamental puede adherirse a los principios pero no saber cómo formarse un juicio concreto coherente con la ley. No se trata de un ejercicio de deducción lógica aunque no se excluye que la verdad moral se pueda entender de forma deductiva y formalmente especulativa. Pero, por pertenecer la moral al campo práctico, la inducción debe complementar la deducción. En este sentido podemos decir, a modo de ilustración, que tanto la ley del amor o el principio de fomentar el bien integral del otro (inclusive sacrificando un bien menor) como la orientación a la verdad, están inscritos en el fundamento de nuestro ser persona, por lo cual son universales y necesarios en la moral. Pero la interpretación del cómo y del cuándo, al igual que el quién y en qué circunstancias, es una tarea de responsabilidad individual, más allá de que se pueda dialogar sobre ello en comunidad.

B. Formalismo de la bondad y juicio sobre la rectitud/globalización

1. La VS sostiene que la bondad de la persona no puede depender de un imperfecto conocimiento de lo que es recto.

Se sugiere una distinción entre la intencionalidad del sujeto, es decir, su interioridad subjetiva y abierta a esa luz por la cual la consciencia contempla y adhiere a los principios y la acción en la cual podría equivocarse si no percibe los elementos concretos y circunstanciales de la situación específica. La intencionalidad benévola puede ser infalible; sin embargo la acción puede ser fallible. “*De este modo, una decisión tomada en consciencia podría ser equivocada (en su rectitud o corrección) pero buena (en su intención)*”.⁹

Es preciso insistir en la integridad que debe prevalecer en lo que significa la verdad moral. La intención y calidad de la acción seleccionada deben estar en armonía. Esto se corresponde con la

⁹ Melina, pág. 634.

unidad del sujeto o persona autónoma que se manifiesta precisamente en su actividad a modo de proyección de quien se es. Es preciso cuidarse de una ruptura de la unidad interna de la conciencia, que se aísla en un formalismo de la intención y se aliena en una actitud extrínseca del hecho realizado.

C. En cuanto a la singularidad de la situación, hemos de reconocerla como la singularidad de la persona en su ideal personal o vocación de parte de Dios. La persona ha de esmerarse en reconocer en su vida concreta ese ideal y responderle de modo original.

Crterios

Esta singularidad, más que mera situación de carácter neutral, ha de verse como “*especificación necesaria de las normas*”.¹⁰ “*La conciencia, aunque no tiene el poder de eximir de las normas universales negativas (contradecir lo que la ley natural prohíbe o identifica como mal intrínseco), está siempre llamada a reconocer la especie moral concreta y determinar qué es lo que exige en concreto la llamada positiva del bien*”.¹¹

Corresponde pues a la razón, que valora e interpreta, proponer el sentido y el valor humano global del comportamiento de las acciones concretas y hacer el juicio sobre la corrección o rectitud de cada acto según su finalidad (lo que no es equivalente a su apariencia externa), y de cada acto en su contexto circunstancial y en consonancia con la opción fundamental de la orientación interior del agente. No se trata de un cálculo matemático de bienes mensurables y negociables, sino de una valoración del sentido común, de la armonía de los actos y de la multiplicidad de valores cualitativamente diversos, teniendo en cuenta la dignidad inherente al ser persona y su finalidad trascendental.

La originalidad de la consciencia personal es íntima, con lo cual exige para su maduración un cultivo de la vida privada, del silencio y la soledad para un diálogo interior con la fuente última de su verdad y bien (Dios). No debe delegar su deber de juzgar, o sustituirlo o reducirlo a un criterio colectivo o de mentalidad de masa. En esta soledad consigo misma se generan las condiciones para el diálogo solidario y solícito con los demás. La *cum scientia*, es decir, el reconocimiento de las exigencias de la verdad moral universal en la situación concreta, hace que la persona se abra enteramente a la comunión (empatía, benevolencia y compasión como aspectos afectivos de significado moral).

Ante la verdad moral universal ya reconocida, la consciencia se enfrenta a la ardua tarea de *buscar* o descubrir y reconocer la verdad en la situación específica, lo cual exige una inmersión en la riqueza y complejidad de lo que se ubica en las coordenadas espacio-temporales:

- auscultar todos los aspectos de una situación desde ópticas tan diversas como sea posible;
- evaluar las primeras opciones sin precipitarse ni soslayar datos desagradables;
- admitir los conflictos y las incongruencias iniciales;
- sopesar beneficios y riesgos de cada opción, descartando las que suponen riesgos moralmente inaceptables: aplicación de la norma del doble efecto.¹²
- Recordar que los preceptos moralmente negativos presentan ante la consciencia un determinado acto que contradice el bien moral de la persona tanto en su dignidad e integridad indi-

¹⁰ Ibídem, 52,67, 85.

¹¹ Melina, pág. 636.

¹² Cf. *Reflexiones en torno de...*

viduales como en su trascendencia u ordenación a una finalidad que lo supera. No está en sus manos establecer excepciones en nombre de circunstancias o de motivaciones personales.¹³

- Hacerse cargo siempre de la función insustituible de reconocer concretamente si el acto particular, ante el cual solo ella puede expresar un juicio, entra o no en la especie universal prevista por la ley.¹⁴ En el caso de un acto perteneciente a la especie considerada por la norma universal como intrínsecamente mala, el juicio de la consciencia ha de reconocer la verdad acerca de la malicia moral del mismo.

D. En cuanto a la totalidad de la persona al igual que de la función de la consciencia que contempla dicha totalidad, la madurez moral no supone un menoscabo de la razón ni del aporte de la reflexión intelectual o la deliberación. Más bien invita a comprender que el reconocimiento de la verdad moral compromete todas las dimensiones del sujeto que libre y conscientemente acoge y se deja motivar por la luz y la calidez espiritual de la verdad. VS abre el concepto de madurez moral a otras dimensiones de la personalidad moral más allá del razonamiento y del juicio moral para auscultar el aporte de las emociones al igual que para crecer hacia el amor auténticamente cristiano.

Crterios

VS invita a concentrar la existencia humana en el dinamismo teologal del amor en Cristo. A este hermoso tema dedicaremos la próxima parte de la presentación. Pasemos a identificar ahora algunas de las emociones (sin por ello abogar por la teoría emotivista) de mayor pertinencia a la experiencia moral.

El psicólogo norteamericano James Rest identifica cuatro componentes de la conducta moral: sensibilidad moral, razonamiento o discernimiento por medio del juicio moral, motivación moral y carácter o integridad moral.

- La sensibilidad moral equivale para muchos a la condición existencial y prerreflexiva que nos condiciona y orienta hacia la moral, que presta atención a cómo nuestros actos afectan a otros. Supone empatía e imaginarse cómo se siente la otra persona, cómo percibe e interpreta mi conducta. Para promover la sensibilidad moral conviene familiarizarse, directa o indirectamente, con los modos diversos (y tal vez contrastantes) que tienen otras personas a la hora de contemplar el mundo y modelar su vida. El cultivo de la diversidad y del respeto a la pluralidad de estilos de vida, dentro de los límites del bien común y la dignidad como integridad de lo que significa ser persona, puede ser un recurso apropiado para ampliar nuestro marco de referencia moral.
- Los sentimientos morales son emociones que motivan la aceptación o el rechazo:
 - simpatía y compasión (en el cristianismo: ágape; en el budismo: metta).
 - benevolencia o amabilidad del corazón.
 - indignación y resentimiento.
 - culpa y vergüenza.

Cada estado emotivo representa solo un aspecto de la personalidad, de modo que en la madurez moral las emociones han de regularse (sin por eso atrofiarlas, reprimirlas o ignorarlas), colocándolas bajo la luz de la razón, iluminándolas con la verdad y orientándolas al bien integral de la persona.

¹³ Cf. VS 81.

¹⁴ Cf. VS 679.

- La motivación moral supone reconocer la prioridad de los bienes morales como valores que superan a los otros valores, sean estos económicos, psicológicos, sociales o políticos. El conformismo y la búsqueda de popularidad, la ambición de poder y las posesiones materiales son ejemplos de la alienación de los valores morales en nuestra sociedad.

E. La consciencia en cuanto garante de la identidad personal no es coherencia puramente formal u opción fundamental por un bien abstractamente formulado o con una intencionalidad carente de objeto, sino fidelidad a una verdad interior que tiene contenidos precisos, aunque no se detallen. Se trata de la conjugación de la bondad de la intención subjetiva con la bondad y rectitud del objeto de la acción moral.

Crterios

La maduración moral exige que los actos elegidos y realizados estén en conformidad con la verdad y el bien correspondientes a la finalidad de ser persona e insertos en un marco que incluya apertura a lo que ha sido revelado sobre los designios amorosos del Dios Creador y Providente.

Debe procurar mantener la interdependencia entre la orientación fundamental de la persona hacia el bien, hacia el amor, hacia Dios (que Karl Rahner considera una disposición no sólo básica sino decisiva en la moral) y los actos concretos o conductas específicas. Debe procurarse la coherencia entre intención bondadosa y actos rectos. Por ejemplo, si se dice pertenecer con fidelidad a la Iglesia a modo de disposición básica, entonces se debe fomentar la cultura de la vida y no favorecer el contraceptivo, el aborto y la eutanasia.

Es preciso moderar la propuesta de que el ser humano determina el único valor que las realidades biológicas o corpóreas tienen, de modo que conductas como esterilización, homosexualidad, inseminación artificial, erotismo y relaciones sexuales prematrimoniales carecen de valor moral y dependen para su calidad moral de la intención fundamental del agente, al igual que de su estimación de los bienes proporcionales que confía obtener por medio de su conducta.

Conviene reafirmar que la gravedad de una falta moral no se reduce o establece exclusivamente por el grado de deliberación o libertad en la decisión que la antecede sino que ha de tomarse en cuenta el objeto o materia del acto en sí.

Es oportuno recordar lo que significa y lo que exigen las normas o preceptos prohibitivos o negativos. En la VS se nos indica que la razón testimonia que existen objetos del acto humano que se configuran como no ordenables a Dios, porque contradicen radicalmente el bien de la persona creada a su imagen; se trata de actos intrínsecamente malos y ello siempre y por sí mismos, es decir, por su objeto, más allá del hombre que los hace y demás circunstancias.¹⁵ Ejemplos: homicidio, aborto, eutanasia, tortura física y psíquica, condiciones infrahumanas en el trabajo o en la vivienda (lo que Juan Pablo II denomina cultura de la muerte en EV3).

Procurar que la finalidad buena se logre por medios rectos, es decir: el fin, aun cuando sea noble, no justifica usar cualquier medio.

En el orden práctico cabe indicar, como bien lo hace VS con su tónica pastoral, que: *“Si los actos son intrínsecamente malos, una intención buena o determinadas circunstancias particulares pueden atenuar su malicia, pero no pueden suprimirla. Cabe recordar la distinción entre el grado de culpabilidad o imputabilidad personal, sujeto al conocimiento y libertad en el proceso de deliberación y juicio moral, y el objeto en sí de la acción. De modo que un objeto o materia grave puede no ser gravemente sino venialmente imputado a una persona obscurecida en su entendimiento o paralizada en su ejercicio de la voluntad”*.

¹⁵ Cf. *Ibíd.*, 80.